

Carta de enero

La selva liviana

1

El sonido de un tren que se ahoga en la
catarata de las hojas.
Al fondo de la selva liviana y los cocoteros
se hunde el nivel de llanto,
el peso entero de los sueños.
Peso entero del saco de perfume de la gracia,
estoy entre la espada del paisaje y el
ladrillo caliente del olvido,
viajando con un ardor de joya y sangre.
Escuchando el aullido de mi candor: mi nueva
fiesta.

2

A paladas silbatos.
El tren se encierra en sí al borde de los
esteros nocturnos.
Su polvo ciudadano tiene miedo a la gran
humedad de la tierra,
al aire cálidamente eléctrico,
a los cisnes del negro vapor nocturno de la
herida del mundo.

3

La imaginación arde envuelta en las ruedas
de un tren desorientado.
Bananas y bananas caen al aire.
Una mujer desnuda a una escopeta en un templo,
roe lentamente en el anillo de su corazón.
Frutera de la desgracia, frutera del destino.

Rehén de la colina

1

Oh candoroso embriagado entre loros,
 entre isletas subiendo hasta el nivel de la
 colina,
 canta en tu boca el canto ardiente de otra boca,
 y cuando la sangre sube hasta tus ojos
 es porque están quebradas todas las fulguraciones
 del sollozo en tu pecho.
 Canta, viejo rehén de la colina.
 Arde, candoroso de alcohol negro, que con palmas
 salvajes tienes hijos que retornan al viento,
 al gemido del clima en el olor áspero y cruel de
 las arañas del estero,
 en aquel paisaje de cristal desprendido del fuego.

2

Asombra al mundo en un paisaje de enero,
 oh demente,
 oh luz de la humedad.
 Ah colgado sediento de unos ojos,
 duerme, duerme bajo la luz del padre al otro
 extremo del poder y la delicadeza.
 En tus ojos la berlina del viaje amarillo arde
 helada.
 Beso tras beso el pasajero toca la raya de ácido
 caliente del retorno.
 Sé piadoso con el otro límite de tu fragilidad,
 padre aletargado por el sol,
 presión de la locura de una tierra suspendida en
 la tela del agua y del fuego.

Las jaulas del sol

1

Oh niño de la siesta, sentado hasta en el aire
 de tu odio!
 Lujoso y verdadero rey del hambre que incendia,
 que destapa, que acomete hasta en el velo

natal el arcoiris de calor su gran serpiente,
 su gran corriente, su profesión de ser
 arrodillado que se lanza porque así lo quiere
 el agua, las comarcas subidas a las hojas,
 todo lo recogido por las palmas por su gran
 alimento, su corriente de dios, su arrancamiento
 del seno de las joyas-mujeres.

Oh mío, pedazo de recuadro del mundo, recibido
 antiguamente por las fieras: en nosotros se
 levanta y camina, pero lo acosa el fuego
 —¡su velocidad elimina!— hacia donde resoplamos
 nuestras galas de enredos de todos los colores,
 los calores, los olores y las grandes pestañas
 destruidas de mi tigre en el corazón de una
 provincia.

2

Vengan allí a la casa del diamante calentado por
 el agua,
 al huerto donde el hombre se recoge para no caer
 del globo.

Un día, un paso, un día mil pasos, un bestia sueño,
 pero con todos los amores permitidos por su amor.

Ni una pérdida.

No, no, tribu mía de mi raza. Raza de ganancia y
 de lujo, acopladora, niveladora para el fuego,
 tambora para los vientos dementes que saben
 adorar.

Tenía un camino de patos y de rezos. Al fondo,
 el agua; luego los ojos de los hombres con
 sus telas flotando sobre el sol y aquí la misma
 marca de globo entre las piernas ¡y un odio
 por lo estéril!

Oh madre de todos los amores, ven a mí, adórame
 con tus hijas. Tiernísima del bosque, ven a mí,
 yo tengo una bolsa de fuego cautivado por los
 gatos monteses pegada sobre el labio,
 ¡teviéntame en tu olor!

Cortina de cuero y olor a ojos de infierno matándome
 en el bosque.

No tienen puerta para huir los amores.

Círculo de sol repleto de pájaros; tranquilidad de María,
la mecedora de la tarde.

Carta de enero

1

Tengo ganas de leer algo hoy.
Me sangra la poesía por la boca.

Yo era un estudiante y me adoraba la Naturaleza,
pero estaba olvidado,
me hería la plenitud del Universo,
y ahora te sacudo a ti, montes de cabellos rojos,
tierras paradas en aguardiente correntino,
grandes balsas de agua alojadas en la boca.

El pavor es celeste, el líquido terreno es fuego,
los pavos reales han sido capados por el sol,
y yo ando por la siesta:
provocador de las grandes fuentes sombrías,
alojado en la voluntad animal.

2

¿Adónde pedir auxilio sino en la Tierra?
El mar es un cantor inseparable.

Pero tú tienes llamaradas acuáticas, Tierra.
¡Acuarelas para quién sabe qué candor!

Yo soy un niño y nadie me podrá recibir,
pero tengo coraje
y ese nativo puro que arrojó los paisajes por
la nariz.

Tengo un collar para todo lo que arde.

3

¿El alba guaraní gime en mi memoria?
¡Oh francés degollado por las aguas!,
en las ex-bocas de las putas celestes del paisaje
desprendido.

Sin duda nadie cuida de mi memoria,
ni le selecciona parajes ardientes.

Nadie utiliza mi falta de elegancia
cuando expiro con la leche de las frondas
sedientas.

Yo no quiero cantar países natales,
sino medallas de carne de sol,
telas de la naturaleza,
conciertos de las tumbas salvajes
hijas de la ternura natural.

Tembladerales de oro

(A la memoria de Alfredo Martínez Howard)

El dolor ha abierto sus puertas al agua
de oro del oro que arde contra el
oro el oro de los ocultos tembladerales
que largan el aire de oro hacia los
rojos destinos pulmonares con el acuerdo
de los fantasmas de oro coronados por
los juncos de oro bebiendo los caballos
de oro los troperos de oro envueltos en
los ponchos de oro —a veces negro a veces
colorado celeste verde— y el caballero
que repasa las lagunas de los oros
naturalmente populares el que se embarca en
las balsas de oro con todos los excesos
de pasajeros de oro que manejan los caballos
de oro con los rebenques de oro
bebiendo en la limetilla de oro del
barro de oro de los sueños de los frescos
del oro entre la majestad de las palmeras
de oro y de los ajusticiados y degollados
en las isletas de oro bajo de yacarés de
oro del oro del amor.

Retirada

Arde el mar, y allá, lejana una
vasta llanura donde canta el
yacaré amarillo.

Servidas están todas las lagunas
 celestes,
 el sudor canta en las habitaciones
 de palmeras,
 cargándome el rostro de loros.

Posta de pajonales

Acuerdo con mujeres de llanura:
 encendimos fogatas de caridad de
 agua
 para dar sombra a los árboles de
 Santos Vega, que sonreía a
 Rilke, y a Rimbaud le cedía
 su caballo.

¡Pajonales del sueño
 donde flotan ellas las aguas!

Llegada de un jaguar a la tranquera

(a Gaspar Madariaga y Matilde de Horne)

Desciende, agua criolla.
 Paraje, descende, ¡pero muy bien montado!,
 con apero del oro de las guerras
 y los rodeos en llanuras gateadas.

Espartillo, áspera y delicada cabellera del
 terror correntino,
 canta tu canción de hada de llanura.

Desciende, palmeral del borde del estero,
 para beber la luminaria caída de la tormenta
 de la raza.

Entrégate, oh el antiguo, ex-guerrero, ahora
 cuatrero, vengador de la estancia delicada,
 solitaria en el llano del llanto,
 llano del aguacero,
 y pon tu estribo de oro y de reserva
 para bajar a beber miel y estero:
 que ha llegado un jaguar a la tranquera.

Madrugada entre caballos

Qué magnífico País que es...
 Cómo a los subjetivos les da subjetividad,
 cómo a los objetivos les da objetividad,
 y la miel,
 y el loro salvaje,
 y la no-imperdonable caída del estero en el
 infinito,
 y el bosque, pudriéndose en el depositario
 estero,
 con el herir del alba en la mano del mono,
 y el curandero-yeguarizo entreverado con los
 otros caballos:
 el inocente parejero,
 la yegua de la rosa sagrada en la rodilla,
 y el padrillo de la bondad criolla en
 llamaradas.

La balsa mariposa

Los ruidos del invierno en la ciudad hacen que
 yo busque, con desesperación inmóvil, los
 ruidos de otra época lejana:
 los ronquidos de los degollados en las
 orillas del juncal.

¿No puedo ya grabar un escenario?
 ¿los sonidos de un monte al costado de un
 hombre a caballo?

Oh garzas, depredadoras de cielo, casi retenidas
 por las flores de las aguas, contrabandistas
 de las sombras de aromas, el aroma del crimen
 de otro monte penetra en el palmar, al menos
 popular, y sin loros.

En los albardones encontraréis un caballo degollado
 color oro.

Fue allá en el porvenir de una querencia sombría, alegre,
 lúcida, viajando en la sangrante balsa mariposa de
 la concreta y salvaje estación.

Francisco Madariaga



Cecilia Meireles